

II

Los registros secretos de
El libro secreto de Maximiliano

La biblioteca ocupa la quinta sala del castillo de Miramare, residencia palaciega que el Archiduque Maximiliano de Habsburgo hizo construir sobre el Peñón de Grignano, en el Golfo de Trieste. Está situada entre la Saletta Novara —que reproduce al detalle el camarote de popa de la fragata imperial del mismo nombre con que el efímero emperador de México llegó hasta Veracruz— y el Salón Azul, un discreto comedor que cobija preciosas piezas de marquetería vienesa y antigua porcelana china. Los casi tres mil volúmenes del acervo están resguardados en un portentoso librero que, dividido en columnas identificadas por las letras del alfabeto, corre a

lo largo de las paredes. Dos ventanales, desde donde se atisba el Adriático, permiten que la biblioteca esté siempre iluminada hasta bien entrada la tarde. No resulta difícil identificar a los propietarios originales de los libros. Los de geografía, historia europea, literatura clásica grecolatina y la abundante bibliografía miscelánea en francés corresponden sin duda a la heredad de Carlota, mientras que los autores alemanes, los robustos tratados de náutica y ciencia militar, botánica y arqueología fueron posesión de Maximiliano. La mayoría de los tomos están empastados en cuero y observan un orden inalterado en apariencia desde hace más de un siglo. Acaso por la pulcritud y el esmero con que han sido conservados todos esos libros, no deja de ser sorprendente encontrar, al seguirse con cuidado la secuencia que los dispone por título, que en el entrepaño superior de la letra "Be", encuadernadas en una maltratada tela negra, se agolpen varias libretas rotuladas simplemente *Le Livre* con errática caligrafía blanca sobre el lomo. Lo que sin embargo tiene cierta lógica, pues la mano responsable de ese mínimo caos debe haber querido rendir homenaje a la lengua materna de Maximiliano colocando aquella serie en el estante correspondiente a *das Buch*, el libro.

Horas más tarde, mientras nos refugiamos de la lluvia en un cobertizo para esperar el autobús de regreso a Trieste, Leo —el germanista, historiador y bibliófilo que ha oficiado amistosamente como mi guía por la antaño provincia habsbúrguica— me cuenta que los cartapacios negros de la biblioteca fueron traídos a Miramare, junto con algunos otros objetos de menor valía, después del fusilamiento de Maximiliano. Muchos creyeron haber rescatado los registros médicos que daban fe de la postrer emasculación del Archiduque, pero en realidad las

libretas contenían notas cifradas, sobre todo en español y francés, atribuidas al secretario del monarca. "Tú debes conocer el contenido de los carnets que forman *El libro*", dice Leo; "por lo que sé, en tu país los publicaron en un solo volumen. Si de cualquier manera quieres revisarlos, puedes hacerlo con los ejemplares de la colección que conserva un anticuario de la ciudad. Es imposible comprarlos, los guarda como reliquia egipcia, pero a ti, *sobre todo* a ti, te dejaré examinar sus páginas".

El único acopio de notas dejado por Maximiliano en México, hasta donde recordaba yo, era su *Libro secreto*, conocido también como *Los traidores pintados por sí mismos*, que contiene información compilada por la policía política monarquista sobre los funcionarios y militares que sirvieron al imperio. Son semblanzas breves, acuciosas, implacables, presentadas como un mordaz directorio de la corte. Se leen con creciente avidez, pues abarcan personajes y situaciones que involucran a la cúpula del poder de aquel entonces. De no falsear el relato de Horacio Labastida, por cuyo conducto llegó a mis manos un ejemplar de la obra, *El libro secreto de Maximiliano* ha sido publicado tres veces: la primera, alrededor de 1867; después en 1900, en impecable edición de Angel Pola; y a principios de nuestros años sesenta, cuando se extrajeron legajos del archivo de Porfirio Díaz con información relacionada que no figuraba en las anteriores versiones y que le fue añadida. Recordaba vagamente, además, que el original de casi doscientas páginas obra en los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores, por lo que el libro dista mucho de ser un texto desconocido.

Los cuadernos a los que Leo me ha guiado contienen numerosas e inquietantes variaciones al *Libro secreto* que alguna vez conocí. Verlos no ha sido tan fácil como

él suponía. Desde su local en el número treinta de Via San Nicolò (que lleva el nombre del poeta Umberto Saba), el librero de viejo Mario Cerne despliega frente a cualquier cliente una indiferencia hostil que ahuyenta la mera ocasión de una consulta casual. Desordenado, impaciente y huraño, Cerne accede después de algunos forcejeos a mostrarnos los cuadernos siempre y cuando permanezcamos en la parte posterior de su librería. Aunque nos ha mantenido vigilados desde el mostrador, Leo y yo hemos podido ocultarnos tras varias pilas de periódicos y revistas para leer y luego copiar, enfebrecidos, un puñado de los registros que aquellos cuadernos negros nos deparaban. A diferencia de los del *Libro secreto* canónico, han sido escritos en alemán y están impresos en escritura alemana, por lo que cabe suponer *deben su autoría al propio Maximiliano*. Sin el virtuosismo paleográfico de mi amigo Leopold Neumann, la transcripción y ulterior traducción de estos registros hubiera sido imposible.

A

Alegre, Aurelio. Pasa por un hombre con educación, y de presencia agradable. Ha sido empleado subalterno del Prefecto político de Coyoacán. Insidioso, está animado por un espíritu de conspiración contra todos lo que no se avengan a sus opiniones clericales. Durante su estancia en la Prefectura se apropió de una parte de los fondos públicos, y aprovechó sus funciones para vender empleos a sus amigos.

Alexander, Stephan. *Oficial de la Legión Extranjera.* Prusiano, enlistado en la Legión el 10 de enero de 1860. Sirvió, a partir de diciembre de 1861, en el Regimiento

Extranjero. Tomó parte con notable capacidad en las operaciones militares que precedieron a la construcción de edificios, calles y avenidas de Sidi-Bel-Abbés, el antiguo aduar argelino donde la Legión asignó varios de sus Servicios de Zapadores para domeñar el desierto. Alexander es un hombre de ingenio, un inventor. Concibió un instrumento óptico para poder beneficiarse de la luz lunar y orientarse con precisión durante las cabalgatas nocturnas; aprendió a conservar la carne de camello para alimentarse durante las largas travesías; para emboscar a los beduinos que trafican armas en las proximidades de El Tessalah, tendió a su batallón bajo la arena y surgió después, al frente de la columna de ataque, con un turbante coronado con pieles de serpiente. Hasta ahora no se cuentan enemigos que hayan sobrevivido alguna de las cargas por él comandadas. Las veces que ha cogido presos, se dice, ninguno soporta las refinadas y pacientes torturas a que son sometidos. También se dice que él transmitió sus enseñanzas al coronel mexicano Abraham Ortiz de la Peña y que alentó sus celos para que éste atormentara hasta la muerte a su amasia en Piaxtla. Su apariencia no inspira respeto, sino horror. Todos los demás oficiales del Cuerpo Expedicionario Francés en México no superan, juntos, su barbarie. Estoy cierto de que por la circunstancia secreta de la misión que le ha sido encomendada, Alexander guiará a nuestros contraguerrilleros hasta los dominios de los Daquin, Escobar y Algazanas en Veracruz, y los someterá sin que los insubordinados se hayan dado cuenta hasta que sientan la agonía en la sangre. El no es un legionario. Es la guerra.

Atetelco García, Lic. Marcelino. Ha participado de todas las comuniones políticas. Logró su aceptación en la

Logia del Rito Yorkino para después de unos meses, gracias a la venta de cierta información, pasar a formar parte del Rito Escocés. Es un hombre colmado de pretensiones, y por su origen indígena reclama ser descendiente de los antiguos señores de Teotihuacán. Sus conocimientos del idioma mexicano lo harían útil para la causa del imperio en Puebla, pero su inconstancia y su entrega a la bebida lo vuelven muy peligroso.

E

Eguiluz, Alvaro. De los antiguos favoritos de Santa-Anna. Carácter indolente pero con una inteligencia superior que su aspecto no revela. Durante la presidencia de Comonfort fue quien hizo posible en los libros que Teodosio Lares se pagara a sí mismo un sueldo de Ministro sin ocupar jamás cartera alguna. Es un intermediario. Carece, por lo tanto, de opiniones fijas. Un día puede finjir las apariencias de un fanático exaltado por la monarquía, para expresar, a la mañana siguiente, las ideas de un liberal conciliador. En las fiestas de disfraces de S.M. la Emperatriz nunca encuentra rival.

Eloin, Félix. *Secretario de S.M.* ¿Soldado del imperio o de su propia bandería? Diligente, sagaz, vengativo. Es imperturbable y carece de sentido del humor. No tiene oído musical. Su prosa, por lo tanto, es sorda; la salvan los destellos de su malicia y su mordacidad. Pero ha vislumbrado el secreto.

G

Guder, Gernoth. *Comerciante.* Vino a México muy joven, a principios de siglo. Tiene el curtido aspecto de un

campesino esloveno, rubio, fornido, intolerante. Hay versiones muy confusas de su origen, y él se ha esmerado en acrecentar esa confusión. Ha hecho negocios con algunos liberales y se le relaciona con la venta de armas a los guerrilleros de Veracruz, donde tiene propiedades. Guder es asiduo en el trabajo y profesa una modosa adhesión al Imperio. Habla alemán mezclando muchas palabras del castellano, en el que casi no sabe escribir.

H

Hofmann. Una maldición. Sirvió como subteniente en el Batallón de Africa del Regimiento Extranjero, encargado de mantener el orden en la provincia de Tamaulipas. Por culpa suya han fallecido: Buzac, abanderado, que resbaló por una cañada después de haber sido empujado imprudentemente por H.; Marton, granadero, a quien H. no asistió correctamente al colocar una trampa; Corta, soldado raso, que no fue advertido por H. de la presencia de francotiradores; Berger, cirujano de campo, a quien H. no pudo sostener mientras escalaban un cerro; Poupart, sargento, a quien H. usó como escudo durante una emboscada; y el capitán Matuszewicz, a quien batió en duelo con pistola. Ni durante la más oscura noche alguien se ha atrevido a apuñalarlo. La muerte, dicen, duerme a su lado.

N

Noel, Evangelina. Viuda de uno de los hombres que mayor fortuna hizo durante el último gobierno santannista. En la revolución de 1855, su familia fue despojada y ella estuvo a punto de morir a manos del populacho. Nada será capaz de apaciguar nunca su odio contra los

menesterosos. Desprecia especialmente a Juárez. En su residencia de Tlalpan se reúnen a cenar los abogados, periodistas y escritores conservadores más esclarecidos. Sus cartas en francés a la Emperatriz manifiestan una inteligencia privilegiada. Sin ser una belleza excepcional, su mirada basta para que los otros se estremezcan. Ha visto el secreto.

O

Ontañón Torres, Vicente de Toluca. Toda información que obtiene de las operaciones militares para frenar la insurrección en Toluca va a dar a manos de los liberales. Vicente Ontañón es un tunante. Y algo más. Cobarde, traidor. Asesinó a un guerrillero por la espalda para convencer al Prefecto político de Chalco de que seguía siendo imperialista. Cuando el Plan de Ayutla se distinguió como contrabandista. Uno de los hombres más feos que he visto en toda mi vida.

Oyarzábal, Alonso. *General de Infantería.* De dudosa virilidad. Entró al colegio militar en 1846, el mismo año que Miramón. Sin la más remota traza de genio militar, fue uno de los que participó en la insurrección contra Zuloaga, a quien luego arrestó. Ha tomado parte en diversas acciones militares, sin lograr jamás alguna hazaña memorable. Su escaso talento como estratega se vio afectado siempre por su carácter apático. Durante la batalla de Ahualulco, se dice, en la que el batallón que comandaba fue completamente masacrado por los liberales, el enemigo pasó indiferente ante él, sin intención siquiera de tomarlo preso, por lo que Oyarzábal tuvo que herirse la pierna con su sable y esperar a que fueran a rescatarlo.

U

Urrea, Andrés. Un fanático. Fiscal muy temido del Tribunal de Morelia. Se ha enriquecido favoreciendo a la Mitra con arreglos para la devolución de los bienes eclesiásticos. Laborioso y diligente en sus tareas, cuentan que duerme apenas cuatro horas. Es una de las inteligencias del bando conservador a las que muy poco les importa figurar en política. "Los discutidores, a la plaza", suele decir. Si la monarquía requiere una Constitución, Urrea deberá estar entre sus autores.

Z

Es un imperialista. Pero cree en los hombres liberales. Tiene una inquebrantable fe católica. Pero desprecia de la honorabilidad de la Iglesia y de sus clérigos. Z. ya no tiene esperanzas, y aún así sueña por las noches con el mar. Lejos del océano, en una tierra caliente donde el aire lo ahoga por las noches, sabe que no hay remedio. Z. estará siempre hasta el final, hasta lo último, como si su inicial fuera un pesado sello mortuario. Cree recordar que alguna vez supo el secreto.

Una religión llamada Austria

para José María Pérez Gay

El primero de junio de 1920 Joseph Roth emprendió uno de los itinerarios decisivos en su vida: un viaje de Viena a Berlín con el propósito de encontrar trabajo en un periódico de la capital prusiana. La duración del trayecto por ferrocarril en aquellos días, a veces más de dieciocho horas, el sofocante calor que se concentra en los vagones de ferrocarril llenos de veraneantes y un severo catarro pulmonar fueron nulo obstáculo para iniciar su periplo. A lo largo del viaje Roth vio pasar, a medida que se alejaba de Austria, las infinitas y maltrechas casas de los campesinos que pueblan la llanura morava, el río Elba surcado por las garzas y las

indolentes lanchas de pescadores, el inclemente crecimiento urbano de Dresde y, en los albores del día próximo, no sin una emoción complicada, el destello de la luz eléctrica en las calles de Berlín, la primera capital europea que daba abrigo a los noctívagos. “Me voy a Berlín en verano —le había dicho semanas antes a su primo Fritz Grübel—, porque en verano puede uno pasarse la noche en la banca de un parque y quedar con el estómago lleno con una bolsa de cerezas”.

Roth marchaba a Berlín en la precariedad pero con la esperanza, por otra parte bien fundamentada, de no tener que pasar la noche en ningún parque. Para él, reportero novato que apenas un año antes había comenzado a escribir constantemente para el diario *El nuevo día* (*Der Neue Tag*), Berlín era acaso una necesidad indeseada, la capital del periodismo de lengua alemana con veinte matutinos cotidianos y centro neurálgico de la industria librera en Europa con más de veinte mil novedades editoriales al año. Este auge permitió el desarrollo de un periodismo beligerante y competitivo, variado y audaz. Roth, entrenado privilegiadamente en la tradición del “folletinismo” vienés, género camaleónico que practicado con soltura tiene una elasticidad y un encanto inigualables, necesitó sólo tres años para establecerse como firma respetada y reconocida. Al ingresar como corresponsal berlinés al *Frankfurter Zeitung* en 1923, Roth era ya poseedor de un estilo personal fincado en un lenguaje cauteloso y sensible, brillante y expresivo. En la cumbre de su celebridad, se convirtió en uno de los periodistas mejor pagados de Alemania.

En sus años de periodista berlinés Joseph Roth desarrolló una obra que deja dividirse en tres grandes campos: folletón, reportaje y ensayo. Mezcla de crónica y comentario editorial, semblanza de personajes y viñeta

de circunstancias, el folletón era por supuesto, para los escritores y periodistas germanoparlantes del cambio de siglo, un espacio libre y receptivo para cualquier fenómeno social, cultural y político de la época; un ejercicio sinestésico que de manera ideal debía ser una mínima secuencia caleidoscópica de impresiones, cuadros y ambientes. No es gratuito que Roth denominara a una serie de sus primeras colaboraciones publicadas en *El nuevo día* "Síntomas vieneses", miniaturas irónicas y jocosas que lo mismo versan sobre las diferencias entre los peluqueros berlineses y vieneses (diferencias que todavía hoy persisten y se multiplican), que sobre los honores poéticos dedicados a Ludwig Anzengruber. Escritura fragmentaria, el folletón resumía, al menos en las páginas de autores tan dotados como Roth, los síntomas, los signos que concentraban costumbres, actitudes culturales, formas de vida en sociedad.

En contraste con el folletón, el reportaje le permitió a Roth desplegar la escritura de largo aliento que a la postre le exigiría convertirse en novelista. Tal vez la exitosa recepción temprana de sus colaboraciones periodísticas se deba al hecho de que Roth aplicó su oficio como escrutador de ambientes y almas a los fenómenos que cobijaba una ciudad como el Berlín de los años veinte, territorio donde convivieron fuerzas sociales y políticas irreconciliables. Una de las mayores tensiones percibidas por el autor de *La marcha de Radetzky*, luego de su llegada a Berlín, fue precisamente la coexistencia de las grandes comunidades de inmigrantes al tiempo que la sociedad germana era sacudida por las oleadas nacionalistas que terminaron anegando a la República de Weimar. Herido por el pesimismo cultural de entreguerras, el reportero Joseph Roth confrontó la realidad de los judíos orientales llegados a Berlín con un desasosiego

íntimo y profundo. “Ningún judío oriental marcha voluntariamente a Berlín —escribe Roth—. Quién en todo el mundo va voluntariamente a Berlín... Berlín no tiene ghetto. Existe un barrio judío. Hasta aquí llegan los emigrantes que, pasando por Hamburgo y Amsterdam, quieren llegar a América. Aquí se quedan estancados. No tienen suficiente dinero o sus papeles no están en regla. (¡Los papeles, por supuesto! La mitad de una vida judía transcurre en una sorda lucha contra los «Papeles»)", concluye.

Esa aversión a los documentos, fuesen éstos un pasaporte, una cédula de identidad, el comprobante de un domicilio fijo o los papeles del servicio militar es una posible fuente de angustia que empujó a Roth, a lo largo de su vida, a desentenderse de la necesidad de tener un origen o un remitente inamovible. “Un judío oriental sólo se libera de la guerra por los papeles, contra los papeles, cuando emprende la guerra contra la sociedad por medios criminales... Las más de las veces el criminal judío oriental ya ha sido criminal en su terruño. Llega a Alemania sin papeles o con papeles falsos. Nunca se registra con la policía”, finaliza el escritor.

En la obra de Roth, como lo ha visto brillantemente Claudio Magris, la piedad y el sentido vitalista de la existencia se funden y crean el núcleo de su fascinación. Los numerosos reportajes sobre el barrio judío de Berlín, que después pasarían a formar parte del libro *Judíos errantes*, son la mejor muestra de cómo al explorar ambientes, estados de ánimo e historias de vida colectivas Roth pasó paulatinamente a la escritura de ensayos y novelas. *Judíos errantes* documenta la realidad compartida por Roth con las decenas de trashumantes galizianos que eran obligados a sobrevivir en condiciones deplorables bajo el orden prusiano, pero además *ensaya* sobre

la condición colonial y sobre la identidad escindida. No resulta descabellado concluir que, al compartir con sus coterráneos el ninguneo y el maltrato que los inmigrantes y provincianos recibían en la metrópolis berlinesa, Roth haya querido, voluntaria y calculadamente, cobrar una venganza irónica y poética contra la ominosa obligación de tener un pasado preciso y mensurable trazando, a lo largo de los años, una cortina de humo en torno a su lugar de nacimiento y a la biografía de su padre. (Tal vez por esto, y aquí hago un gran paréntesis, si una fama persigue a Roth es la de ser, como lo quiere su biógrafo David Bronsen, un mitomaniaco impenitente, siempre el mejor amigo para cada uno de sus conocidos, antimilitarista y teniente del ejército real-imperial, socialista y monarquista, judío practicante y católico al mismo tiempo.)

En otro sentido, en el camino hacia la novela, la práctica del reportaje proporcionó a Roth una aproximación hacia el tejido entre la reconstrucción de la realidad secreta y la ficción. Su primera novela, *La telaraña*, publicada por entregas en el periódico socialdemócrata vienés *Arbeiterzeitung* entre el 7 de octubre y el 6 de noviembre de 1923, y editada en forma de libro sólo hasta 1967, se nutrió de las investigaciones emprendidas por Roth en torno al asesinato de Walther Rathenau cometido por un grupo de extremistas en junio del año 22. Roth cubrió el proceso contra los conspiradores para el "Nuevo periódico de Berlín" y durante los meses siguientes realizó una intensa investigación de las formas organizativas de la derecha radical entre el complejo escenario de los grupos antirrepublicanos en Alemania. Tras las páginas de *La telaraña*, donde se relata el rápido ascenso político del teniente Theodor Lohse, quien hace carrera con ayuda de un grupo político extremista, se revela también el escritor que conoce de alucinacio-

nes y fantasías, de sueños y de nostalgias por el poder. Ya desde esta novela primeriza, que admite por supuesto y con honor el atributo de folletinesca, el elemento distintivo de la prosa de Roth es su gran poder épico, algo que a lo largo de los años ha hecho sobrevivir y ha dotado de una legibilidad perdurable a la mayor parte de sus libros.

Moses Joseph Roth, nacido hace un siglo en Brody, entonces confín del imperio austrohúngaro, es nuestro contemporáneo. La vitalidad y beligerancia de sus obras mayores, la gran capacidad de interpelar al lector moderno que tienen libros como *La marcha de Radetzky* —donde se concentra la nostalgia real imperial con una desgarrada inspección del alma de quienes se vieron obligados a dejar de pertenecer al orden habsbúrguico—, nos golpea de frente y vuelve nuestra mirada hacia el fin de época que compartimos con las naciones y culturas que desde finales de nuestros años ochenta viven un viraje con un destino desconocido. Junto a monumentos de la historia danubiana como la villa imperial de Francisco José en Bad Ischl o la Cripta de los Capuchinos de Viena, la obra completa de Joseph Roth alimenta parcialmente la mitología de una cultura que al mismo tiempo fue crisol de la modernidad y epílogo de un cambio de siglo. Pero a diferencia de los más de dos mil trofeos de caza que cuelgan de las paredes del Spa del emperador o de los titánicos sarcófagos de la dinastía de María Teresa, lo que alojan los libros de Roth son personajes despojados de un heroísmo de mármol pero impregnados con una humanidad desgarrada, aquejados por una crisis de identidad irreparable que nos es reconocible. Friedrich Kargan en *El profeta mudo*, Anselm Eibenschutz en *El peso falso*, los Trotta en *La marcha de Radetzky*, los menesterosos judíos, rutenos y galizianos

que deambulan por las páginas de *Judíos errantes*: todos arrastran una relación tormentosa con su pasado; han dejado de ser para poder seguir viviendo y, sin embargo, se aferran a los símbolos, a los mitos, a la fe que algún día les dio una razón para vivir.

En *La cripta de los capuchinos* puede leerse: "Austria no es un Estado, ni una patria ni una nación. Austria es una religión". Fervoroso creyente hasta el final de sus días, monarquista y moderno, católico y judío, socialista y laico, el escritor Joseph Roth no será recordado por haber dejado una obra irrepetible o por haber liquidado una época literaria. La grandeza que podemos celebrar es la de un espíritu que empapó de pasión por la fantasía, de pasión por la literatura cada momento de su vida; un espíritu simpático y poliédrico capaz de dejarnos a nosotros los judíos, los dandys, los mitómanos, los perpetuos habitantes de hoteles y cafés, los santos bebedores, los católicos, los monarquistas, a los escritores y periodistas la certeza de que la literatura es uno de los territorios más habitables que puedan encontrarse. Si fraternalmente nuestros amigos austriacos quieren tener a buen resguardo el penacho de Moctezuma, quedémonos nosotros a cambio con Joseph Roth, que, acaso, también fue mexicano.